

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO

Centro Latinoamericano de Defensa y Desarme, CLADDE

Instituto de Investigaciones en Relaciones Internacionales, IPRI
Fundación Alexandre Guzmán

FLACSO Biblioteca

**CHILE Y BRASIL
DESAFIOS DE LA CUENCA DEL PACIFICO**

ESTUDIO ESTRATEGICO DE AMERICA LATINA
1994/1995

La publicación de este libro y la elaboración de las tendencias regionales, las estadísticas y algunos de los artículos aquí publicados, ha sido realizada gracias al apoyo de la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur para el Proyecto Paz y Seguridad en las Américas. Así también FLACSO-Chile ha contado con el apoyo de la Fundación Andrew Mellon. Este Anuario recoge los resultados de actividades conjuntas desarrolladas por el Área de Relaciones Internacionales y Militares de FLACSO-Chile y la Fundación Alexandre Guzmán del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil. Algunos trabajos corresponden a la red de investigadores del Centro Latinoamericano de Defensa y Desarme (CLADDE).

Las opiniones que en los artículos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente los puntos de vista de las Instituciones a las cuales se encuentran vinculados.

FLACSO-Chile; CLADDE; IPRI, Fundación Alexandre Guzmán / Chile y Brasil Desafíos de la Cuenca del Pacífico. -- Santiago, Chile: 1995.
325 p.; graf., cuadros.--Estudio Estratégico de América Latina 1994-1995.

ISBN: 956-205-083-1

<1994-1995> <SEGURIDAD HEMISFERICA> <MEDIDAS DE CONFIANZA MUTUA>
<SEGURIDAD REGIONAL> <POLITICA DE DEFENSA> <RELACIONES ASIA PACIFICO>
<FUERZAS ARMADAS> <AMERICA LATINA> <BRASIL> <CHILE>
<CUENCA DEL PACIFICO>

355/C397ch

355
F 5194

Diseño de portada : Osvaldo Aguiló
Coordinación Banco de
Datos Seguridad Regional: Paula Pardo

Copyright FLACSO - CLADDE - IPRI, FUNDACION ALEXANDRE GUZMAN
FLACSO-Chile:

Leopoldo Urrutia 1950, Santiago
Fax: 562-225-4687, 562-274-1004
Tel: 225-7357, 225-6955

Producción editorial: M. Cristina de los Ríos

Inscripción N° 95.096
Impresión: AGD Impresores
Salvador Sanfuentes 2248
Santiago

Se terminó de imprimir en
diciembre de 1995

IMPRESO EN CHILE /PRINTED IN CHILE

INDICE

INTRODUCCION	i
I SEGURIDAD HEMISFERICA Y MEDIDAS DE CONFIANZA MUTUA	
REDEFINIENDO LA SEGURIDAD NACIONAL EN EL HEMISFERIO OCCIDENTAL: EL ROL DEL MULTILATERALISMO, Joseph S. Tulchin	3
ESQUEMAS DE SEGURIDAD REGIONAL: UNA PERSPECTIVA COMPARADA, David R. Mares	9
LA SEGURIDAD HEMISFERICA COOPERATIVA DE POST-GUERRA FRIA, Augusto Varas	25
AMERICA LATINA: CONCERTACION POLITICA Y SEGURIDAD REGIONAL, Francisco Rojas Aravena	65
NUEVAS PROPUESTAS DE SEGURIDAD EN AMERICA LATINA, Jaime Acuña Pimentel	85
A SEGURANÇA: EVOLUÇÃO DO CONCEITO, INTERAÇÕES COM MEDIDAS DE AQUISIÇÃO DA CONFIANÇA MUTUA E PROPOSTAS PARA A SEGURANÇA INTERNACIONAL NA AMERICA LATINA, Gen. Bda. Sylvio Lucas da Gama Imbuzeiro	93
NOVAS PROPOSTAS PARA A SEGURANCA NA AMERICA LATINA, René Armand Dreifuss	103
LA POLITICA DE DEFENSA DE CHILE EN EL CONTEXTO DE LA SEGURIDAD EN AMERICA LATINA, Gonzalo García Pino	107
LA VISION CHILENA EN EL ÁMBITO DE LA SEGURIDAD, Gral. Alejandro Medina Lois	113
II BRASIL Y CHILE FRENTE A ASIA-PACIFICO	
EL PESO DE LLEGAR TARDE: BRASIL FRENTE AL "MODELO ASIATICO", Gilson Schwartz	127
EL PACIFICO NORTE: UN DESAFIO PARA LAS DIPLOMACIAS BRASILEÑA Y CHILENA, Amaury Banhos Porto de Oliveira	137
ASIA DEL PACIFICO: PACIFICO NORTE VISION BRASILERA: EL ASPECTO DE SEGURIDAD, Claudia D-Angelo	147

LA POLITICA EXTERIOR CHILENA HACIA LA CUENCA DEL PACIFICO, Carlos Portales Cifuentes	153
PERSPECTIVAS ECONOMICAS DE LA CUENCA DEL PACIFICO NORTE: VISION DESDE CHILE, Roberto Mayorga L. y Wally Meza S.M.	169
EL CRECIENTE PAPEL ECONOMICO DE JAPON EN CHILE, María Elena Valenzuela y Augusto Varas	179
EL DESARROLLO ASIATICO Y SU IMPORTANCIA PARA CHILE, Leopoldo Durán Valdés	189
III TENDENCIAS REGIONALES Y SUBREGIONALES DEL GASTO MILITAR	199
IV FUERZAS ARMADAS Y RELACIONES MILITARES	
Argentina	209
Belice	215
Bolivia	219
Brasil	225
Chile	231
Colombia	237
Costa Rica	243
Cuba	247
Ecuador	251
El Salvador	255
Guatemala	259
Guyana	263
Haití	267
Honduras	273
Jamaica	277
México	281
Nicaragua	287
Panamá	291
Paraguay	295
Perú	299
República Dominicana	305
Surinam	309
Trinidad y Tobago	313
Uruguay	317
Venezuela	321

EL PACIFICO NORTE: UN DESAFIO PARA LAS DIPLOMACIAS BRASILEÑA Y CHILENA

Amaury Banhos Porto de Oliveira

El concepto de desafío encierra la noción de límite, contestación, pero también la de oportunidad. ¿Cómo entender, entonces, la premisa de este trabajo de que el Pacífico Norte representa hoy, un desafío para las diplomacias brasileña y chilena?

Para la visión geoestratégica, el Pacífico Norte aparece en este final de siglo, después del proclamado término de la Guerra Fría, como posiblemente el área del globo más llena de amenazas para la paz mundial. Subsisten allí, en efecto, varias situaciones de la época de la bipolaridad, para las cuáles, todavía, no existe una solución a la vista: la división de la Península coreana; el problema de Taiwán; la integración definitiva en la comunidad internacional de los antiguos Estados indochinos; y el caso de las Islas Kuriles. Y en la región, no hay en funcionamiento instancias institucionales como las de la OTAN o de la Conferencia de Seguridad Europea, habilitadas para diluir las situaciones confrontacionales.

Es también en torno del Pacífico Norte que se ubican geográficamente los cuatro países más capaces de pesar, en la actual coyuntura histórica, en el sentido de la paz o de la guerra entre las Naciones. Me refiero, evidentemente, a los Estados Unidos, Rusia, China y Japón, los tres primeros miembros permanentes del Consejo de Seguridad y del club de potencias nucleares.

Por todo esto, no es de sorprender que el pensamiento geopolítico venga dedicando especial atención al Pacífico Norte. Abundan los análisis y sugerencias sobre escenarios futuros, en relación a esta área. La prensa brasileña (o Estado de Sao Paulo, 15.06.93) publicó uno de estos análisis, gracias a la competente pluma de Henry Kissinger. Según el antiguo Secretario de Estado estadounidense es improbable que Japón vaya a continuar subordinando sus políticas externa y de seguridad a las de EE.UU. Que China aún necesita superar su tendencia de ver en las presiones internacionales tentativas del Occidente de remodelar sus instituciones y prácticas. Que Rusia necesita redimensionar su papel en el equilibrio de fuerzas del Pacífico. Y que, sobre todo, EE.UU. necesitan huir de cualquier tentación de distanciamiento frente a los problemas del Pacífico Norte. Los EE.UU. son, allá, el fiel de la balanza, situación que todos los países asiáticos desean que se mantenga, pues ellos tienen consciencia de que nadie más está en condiciones de promover la armonía general. Kissinger dio realce igualmente, y con toda razón, a la importancia político-estratégica de la Península coreana y a la conveniencia de que Washington conduzca con sabiduría sus relaciones con Corea del Sur.

Análisis como el de Henry Kissinger, son útiles para las Cancillerías de Brasil y Chile, en la medida en que enriquezcan los análisis de sus propios especialistas. Pero la verdad es que ni Brasil ni Chile tienen mucho que hacer, o decir, en lo que se refiere a las situaciones traídas a la luz por esas reflexiones. El desafío para nuestras diplomacias, en mi opinión, se produce a otro nivel: el de la transformación del sistema técnico-social porque

está pasando en el mundo. O, más precisamente, la total reelaboración del ordenamiento socioeconómico mundial asociada al agotamiento del valor estructurante del modelo americano de la Revolución Industrial II y las mutaciones a la vista en el sentido del surgimiento de un nuevo modelo tecno-social.

Se volvió rutinario señalar que el mundo vive un período de transición histórica. Cuando la observación es hecha en el plano de las relaciones internacionales, se acentúa el nacimiento próximo de un "nuevo orden", en el cual se redefinirán las reglas del juego internacional. Desarrollos de este tipo son de esperar, por cierto, pero como culminación de cambios más profundos.

Conviene tener presente la aseveración hecha anteriormente, de que estamos asistiendo a un reemplazo del modelo industrial. La Edad Industrial, todos sabemos, empezó en Inglaterra a fines del siglo XVIII. Pero la revolución industrial no fue un fenómeno aislado inglés. En verdad, fue toda la economía mundial que atravesó, a fines de ese siglo, una fase crítica. Para definirla, David S. Landes (*The Unbound Prometheus*. Cambridge: The University Press, 1969) recurrió a la fuerte metáfora biológica del climaterio. Tres de esos momentos críticos, en que tendencias contrapuestas alternan con tendencias que se refuerzan entre sí, marcan la Edad Industrial hasta ahora. Después del climaterio inicial tuvimos, en el paso del siglo XIX al siglo XX, aquel del cuál salió la Revolución Industrial II, y el climaterio en curso.

La visión de esa sucesión de etapas en la evolución del mundo industrializado, de las cuales salen nuevas correlaciones de poder político y económico, y, aún más profundamente, nuevos padrones de organización social y nuevos paradigmas tecnológicos, proporciona la pantalla de fondo para la buena comprensión de lo que está efectivamente ocurriendo en el Pacífico Norte.

La superación de los climaterios se concretó, en los dos ejemplos anteriores, a través de la instalación de una lideranza hegemónica (*Pax Britannica* y *Pax Americana*), capaz de asegurar un período más o menos largo de estabilidad para el sistema industrial. En los dos períodos de ese tipo ya vividos, el líder hegemónico pudo crear y mantener en funcionamiento economías internacionales liberales, logrando con eso agrupar, en torno de sí, el apoyo voluntario de otros Estados importantes. Bajo la *Pax Americana*, EE.UU. consiguió reunir alrededor de sí la unanimidad de los países industrializados de economía capitalista, gracias a iniciativas como el Plan Marshall. Pero desde el inicio, Washington tomó la decisión ideológico-estratégica de controlar la difusión internacional de fondos y tecnologías, de tal manera que no se vieran beneficiadas economías de tipo socialista.

La hegemonía de la Paz Americana tampoco supo, o no encontró necesario, reemplazar las estructuras sociales de acumulación capitalista venidas del final del siglo XIX, y que habían servido para crear la división internacional del trabajo adecuada al imperialismo europeo. Las independencias políticas estimuladas en buena medida por la expansión de las ideas liberales americanas se debilitaron, como es notorio, en la división Norte-Sur que va prevaleciendo.

"El viejo orden" que está fallando es el de la economía internacional liberal de la Pax Americana. La primera señal de que ella estaba perdiendo vigor sobrevino en agosto de 1971, cuando el Presidente Nixon anunció, de súbito, la cancelación unilateral de la obligatoriedad de la conversión del dólar en oro, principio que era la base del sistema de Bretton Woods. Se produjo tal decisión, en gran parte, debido a dificultades monetarias que EE.UU. tuvo en relación a sus aliados europeos, a su vez provocadas por el déficit en la balanza de pagos americana como consecuencia del financiamiento inflacionario de la Guerra de Vietnam. O sea, dificultades financieras fuertemente ligadas con un conflicto que venía simbolizando el límite de la zona de influencia del ente hegemónico.

Pronto aparecería la llamada "Crisis Energética", en cuya superación doméstica asoció Japón, a las medidas conducentes al uso más racional y económico de la energía, una serie de avances contemporáneos en sectores tecnológicos de punta. Resultó de ello que Japón vino de súbito a generar embriones de la III Revolución Industrial.

Los avances tecnológicos desde entonces acumulados por los japoneses, hicieron de Japón el principal agente de transformación activo en este momento en el globo. Pero sería precipitado vaticinar que Japón proporcionará el modelo de la Revolución Industrial III y que el mundo debe prepararse para la Pax Nipponica. Los americanos no renunciarán al deseo de modelar también el próximo período histórico y de dar al mundo lo que algunos autores llaman la Pax Americana II. EE.UU. sigue disponiendo del mayor acervo de recursos humanos y de capacidad tecnológica e industrial del planeta. Lo que se agotó, conviene no olvidar, fue el valor estructurante del fordismo, circunstancia que, sin embargo, convierte la eventual permanencia de EE.UU. en el liderazgo del mundo dependiente de la capacidad que demuestre aquel país de dar forma a un nuevo modelo tecno-social.

La aptitud para modelar una revolución industrial, no es cuestión sólo de liderazgo tecnológico. Es imprescindible tornar el avance tecnológico coherente con las exigencias del subsistema socio-institucional. En ese nivel, son claras las evidencias de que los EE.UU. están perdiendo vigor ante los japoneses. Japón se muestra maestro no sólo en la relación con el nuevo proceso productivo, sino también en el perfeccionamiento de la relación entre la producción y la estrategia general de las empresas, en la reducción del contenido de trabajo de sus productos, en la elevación de la calidad de los mismos, en la creación de una fuerza de trabajo preparada, motivada y apta para participar en la construcción de la economía nacional. Tras algunas décadas, en que Japón casi se limitó a repetir y asimilar tecnología externa, se vuelca ahora hacia la intensificación, en forma original, del contenido científico y tecnológico de su producción.

Si aún no se puede afirmar que Japón será el modelo del siglo XXI, es lícito reconocer que ese país ya reúne el mayor número de elementos susceptibles de agregarse al modelo socio-tecnológico de la Revolución Industrial III. Y esto hace aconsejable que países como Brasil y Chile nos preocupemos de la búsqueda del entendimiento de los mecanismos del progreso japonés. La trayectoria de Japón es particularmente estimulante para países como los nuestros, si se toma en cuenta aún más la circunstancia de ser el primero y hasta hoy el único ejemplo de un país en industrializarse, fuera del círculo privilegiado de los

Europeos y sus prolongaciones ultramarinas. Que Japón haya logrado tal hazaña, es uno de los componentes del desafío que nos lanza el Pacífico Norte.

Ese aspecto del desafío se amplía y enriquece, cuando se verifica cómo al impulso modernizante adquirido por el esfuerzo de reindustrialización de Japón, en la post-Segunda Guerra Mundial, se ha propagado por toda la costa asiática del Pacífico. Países como Corea del Sur o Taiwán, que hace cuarenta años figuraban entre los más pobres del mundo, y hace quince años mal se podían comparar al grado de industrialización de Brasil y México (esas cuatro economías figuraban sistemáticamente en las listas de "nuevos países industriales", los NPIs, elaboradas por el Banco Mundial) aparecen hoy como quizás los dos únicos ejemplos de economías del antiguo Tercer Mundo en vías de ascender efectivamente al plano de los industrializados. Después de la "década perdida" de los 80, que paralizó casi toda Latinoamérica, Brasil y México son hoy ávidos receptores de inversiones de las prósperas y tecnológicamente avanzadas industrias sur-coreanas y taiwanesas.

En la raíz de esas evoluciones tan contrastantes (el estancamiento de las economías latinoamericanas, por un lado, y el enriquecimiento del Este Asiático por otro), están, por cierto, situaciones y opciones en el nivel de la política interna, sobre las cuales la diplomacia de un país tiene, en principio, reducida acción. La sabiduría convencional enseña que, en cada país, la Cancillería es el eslabón de ligación entre lo externo y lo interno. Partiendo de esa premisa pueden, evidentemente, las diferentes diplomacias atribuirse un comportamiento minimalista, velando por la buena convivencia con los demás miembros de la comunidad de las naciones y procurando evitar que dificultades diplomáticas ocasionales en el nivel de las relaciones bilaterales, o crisis de tipo regional o global vengán a perjudicar la posición internacional del país. Más puede también una diplomacia asumir un papel más categórico. Sea como punta de lanza de un régimen con disposiciones imperiales, sea -más constructivamente- como expresión de un anhelo nacional de participación positiva y mutuamente útil en los grandes problemas internacionales de la hora. En este último sentido, se procura orientar al joven pensamiento diplomático brasileño.

Una de las premisas de ese joven pensamiento es que las realidades, nacional e internacional, no confirman y jamás confirmarán la existencia de una supuesta disyuntiva entre un camino autónomo y otro alineado, tanto en el dominio político (tercer mundismo, no-alineamiento versus occidentalismo, alineamiento automático, etc.) como en el económico (nacionalismo, proteccionismo versus libre mercado, apertura, etc.). Pese al hábito de la prensa y de algunas corrientes políticas de poner en esos términos, equivocados, temas magnos de la política externa y de la inserción de las economías nacionales en la economía internacional, cabe para una diplomacia sintonizada con las exigencias de su momento histórico, rechazar tales simplificaciones, que debilitan, buscando, en la expresión feliz de Celso Lafer, "traducir necesidades internas en posibilidades internacionales".

Los servicios diplomáticos de un país -se recalca- no pueden, en cuanto institución, reemplazar a los agentes sociales y políticos en la definición de rumbos y propuestas acabadas. Pueden, sin embargo, a través de un diálogo permanente con representantes de diversos sectores de la colectividad, explicar a aquellos agentes que, en el mundo en nacimiento, el peso de la dimensión internacional afectará un número creciente de decisiones

y actividades de las sociedades nacionales. El medio internacional ofrece oportunidades, pero, al mismo tiempo, determina límites e insatisfacciones, establece costos. Es tarea diplomática definir claramente, frente a las diversas instancias del mosaico de intereses que la sociedad indica, los costos y beneficios de las opciones que se hagan.

Siguiendo esa línea de raciocinio se puede captar la doble naturaleza del desafío lanzado por el Este Asiático a Latinoamérica. Japón y los NPIs de la costa asiática del Pacífico nos muestran que el fin de la estabilidad hegemónica de la Pax Americana, en que pese a la agitación correspondiente a la llegada de un nuevo climaterio, puso el mundo, en verdad, frente a un momento de libertad: un período histórico en que se están reformulando todas las reglas del juego internacional, y donde, por consiguiente, pueden los países alertas y determinados, sentarse a la mesa de la nueva partida.

Pero el ejemplo asiático nos muestra, también, que no podemos aspirar a la efectiva inserción de nuestras sociedades en la próxima modernidad sin el perfeccionamiento, no solamente de nuestras infraestructuras materiales, nuestros sistemas energéticos y de comunicación, sino también de nuestro capital humano. Sin volcarnos decididamente hacia la edificación de una economía con mayor contenido científico y tecnológico. Nuestras diplomacias tienen un amplio papel a realizar, recalcando a los sectores internos tanto estos límites como aquellas oportunidades para nuestros futuros.

Para esto -me permito sugerir-, será conveniente que nuestras Cancillerías vayan más allá de la promoción comercial y de la tradicional, preocupación por la cooperación económica y técnica. El intercambio comercial con los países del Este Asiático es muy importante y debe ser intensificado. Tanto Brasil como Chile están trabajando con empeño en este frente, visto el brillante resultado evidenciado por las estadísticas que no necesito repetir aquí. Mas, el ideal sería, en mi opinión, marchar para lo que llamaré la "diplomacia del equiparamiento", del *catching-up* tecnológico. O sea, la creación y perfeccionamiento continuo de conexiones entre nuestras economías y la potencia del Este Asiático, de modo que podamos beneficiarnos efectivamente del dinamismo exhibido por aquella región en este momento histórico. Esto me parece decisivo para la concreción de los procesos de industrialización tardía en Latinoamérica.

Dos siglos después de la Edad Industrial, ya no es más lícito dudar que sólo la industrialización es capaz de garantizar el pleno ascenso de una economía a la modernidad, definida esta en términos de siglo XXI. Fue lo que comprendieron los NPIs asiáticos, pero que aún no fue totalmente aceptado por las élites latinoamericanas. El estudio de la experiencia de los asiáticos ayudará en la superación de las vacilaciones aún perceptibles entre nosotros a ese respecto.

Chile aparece como el país latinoamericano que dio los pasos más correlacionados en el sentido de una bien comprendida industrialización tardía, pero si los propios chilenos están plenamente conscientes de las oportunidades que se abren delante de ellos, en la vía que aceptaron. Voy a intentar hacer más claro mi pensamiento.

Autores como Charles Kindleberger, Robert Gilpin y Robert Keohane, que se han dedicado al estudio de los períodos de estabilidad hegemónica acentúan la responsabilidad que incumbe al hegemón del momento, cuanto a servir simultáneamente de ejemplo y motor del progreso general. Sus importaciones deben estimular el crecimiento de otras economías. Sus inversiones deben suplir la necesidad de financiamiento de las economías más débiles. A través de la transferencia de tecnología y de la difusión del conocimiento técnico científico, le cabe impulsar mundo afuera la industrialización, en conformidad con el paradigma que expresa su versión de modernidad.

En la post-Segunda Guerra Mundial -conforme ya señalé- EE.UU. se desempeñó ejemplarmente de sus obligaciones de hegemón en lo que hace referencia a los países anteriormente industrializados que se mantuvieron fieles al sistema capitalista. Ayudaron igualmente a modernizar países no industrializados que ofrecían, como en el caso de Corea del Sur y Taiwán, interés estratégico especial. Todavía, en estos últimos casos el impulso modernizante oriundo de los EE.UU. no fue más allá de la constitución de Estados mercantiles, esto es, aptos para mediar entre las presiones del mercado doméstico y las del mercado internacional, estado que en los años 60 y 70 definió la situación de los NPIs. Para romper la inercia de un simple mercantilismo exitoso y caminar en el sentido de una verdadera industrialización tardía, Corea del Sur y Taiwán necesitaron enriquecer y desdoblarse el impulso recibido del hegemón, dotándose de un Estado de tipo superior, apto también para mediar entre las contingencias de orden socioeconómico interna y la decisión entre consensual de las élites gubernamental y empresarial de industrializar al país.

Estado desarrollista (*development state*) es la designación ya consagrada, en la abundante literatura sobre el asunto, para los Estados de ese último tipo, de los cuáles Japón fue pionero. Se trata del Estado a medio-camino entre el Estado liberal, casi solamente existente en EE.UU. y el Estado de comando de la economía del tipo soviético. El Estado desarrollista trabaja para el mercado y a través del mercado, pero sin perder de vista el proyecto nacional de industrialización. A este respecto, el es altamente selectivo: no deja ocurrir nada que perjudique la implementación del proyecto nacional.

La proficiencia con que sepa el Estado implementar, en consonancia con la opción industrializante de la élite nacional, correctas estrategias modernizadoras han sido, a lo largo de la Edad Industrial, la variable decisiva en las exitosas industrializaciones tardías. Desde la segunda mitad del siglo XIX. En las condiciones del final del siglo XX, con la intensificación del contenido científico y tecnológico de la industrialización y la sujeción al capital multinacional de la frontera tecnológica, se tornó inevitable que las coaliciones industrializantes del país en industrialización tardía busquen el concurso de compañías multinacionales para la obra modernizadora. En el cuadro de esa "interdependencia global" entre economías, se torna aún más imprescindible la presencia de un Estado de tipo desarrollista, con la finalidad de que sectores públicos y privados del país en industrialización puedan bien ecuacionar la "triple alianza", tornando positiva la contribución del elemento de fuera. Las experiencias de Taiwán y Corea del Sur son ricas en lecciones a ese respecto.

Pero, lo que, principalmente, nos cabe sacar de la modernización en curso en el Este Asiático (de todo el Este Asiático) es la verificación de la importancia fundamental del

secuenciamiento dinámico, tanto entre las economías del área sucesivamente llamadas a modernizarse, como en el interior de aquellas que tienen encetado procesos de industrialización tardía. Ahí se tiene un fenómeno característico del Este Asiático en esta segunda mitad del siglo XX, sin paralelo en el hemisferio americano.

Todo empezó con el extraordinario dinamismo demostrado por Japón, que en menos de cuarenta años pudo ascender de la situación de país subdesarrollado a que lo habían reducido las destrucciones de la guerra, a la posición de impulsor de la Revolución Industrial III. Eso fue conseguido en el cuadro de una intensa relación de cooperación/competición con EE.UU., que ha forzado a Japón a elevar constantemente el contenido científico y tecnológico de su producción para mantenerse competitivo. En tanto, Japón también ha necesitado movilizar economías de apoyo y dotarse de terreno para retroceder. Empezó, así, a traspasar los tipos de producción que se tornaban desinteresantes para la economía japonesa, ofreciendo oportunidades de progreso tecnológico para un primer escalón de seguidores: los NPIs del Este Asiático. Estos, a su vez, en la medida que tecnologías superiores les iban llegando de Japón, pasaron, a su vez, a transferir las tecnologías más viejas, dando con eso origen a un encadenamiento de economías en sucesivos estados de desarrollo; lo que los japoneses llaman un revuelo de gansos.

Lo que mantiene el sistema unido y en expansión, con nuevas bandadas de "gansos" (los NPIs, las economías primario-exportadoras del Sudeste Asiático, China) que se unen, es la permanente reestructuración de la economía líder, que en su desarrollo de post-guerra ya pasó por cuatro fases, ligadas secuencialmente entre sí. Economistas japoneses como Terutomo Osawa han procurado formular la teoría del secuenciamiento dinámico, llamando la atención, por ejemplo para las "transformaciones metamórficas" que hacen el puente entre sucesivas fases de la secuencia característica de un proceso de industrialización. En la medida en que cada fase es llevada al extremo de sus posibilidades, el propio proceso de reestructuración genera (como procuran mostrar estos economistas) transformaciones irreversibles que funcionan tanto en las disponibilidades tecnológicas y de factores como en el ambiente comercial; transformaciones que funcionan como telas, para la continuación del crecimiento en aquella fase particular, pero crean, por otro lado, los nuevos factores necesarios a la fase siguiente de la industrialización. En otras palabras, fuerzas que se impulsan a sí mismas van siendo creadas a cada fase del proceso de industrialización y de ellas nace el impulso dinamizador de la fase siguiente.

Para los autores en causa, es la yuxtaposición de secuenciamientos internos como el descrito para Japón, y que se estarían repitiendo en el ámbito de los NPIs, el secuenciamiento entre economías sucesivamente arrastradas para el "revuelo de los gansos" que explica el dinamismo actual del Este Asiático. Desde el punto de vista de las economías latinoamericanas, que no fueron favorecidas históricamente por el impulso dinamizador equivalente, oriundo del propio hemisferio, la gran indagación que se coloca es si ella podrán conectarse ventajosamente con el tren del Este Asiático.

Buscar la respuesta apropiada para esa indagación podrá ser, quizás, en el primer ejercicio de aquella "diplomacia de equiparamiento" sugerida anteriormente. Chile me parece en mejores condiciones que Brasil para enfrentar la reflexión correspondiente, tanto por su

situación natural de país del Pacífico y por los hechos concretos que ya lo ligan al movimiento pan-pacífico, como por aquella circunstancia ya mencionada de ser, posiblemente, reclutado en un proceso de desarrollo económico con reales posibilidades en desdoblarse según el modelo vigente en el Este Asiático. Yo no sé -vuelvo a repetir- si los amigos chilenos se sienten empeñados en un proceso de industrialización tardía, dispuestos a someterse a las exigencias que de ahí vendrán. Sea como sea, habrá utilidad en que se acompañe, en Chile, las vicisitudes del secuenciamiento dinámico de los asiáticos. Cuanto más no sea para saber reconocer las presiones que podrán surgir en el cuadro chileno de las "transformaciones metamórficas" de que hablan los economistas japoneses.

En Brasil, habremos por cierto de acompañar con gran interés las conclusiones a que llegaron los amigos chilenos. No me parece despropositado que Brasil también pueda aspirar al establecimiento de vínculos dinámicos con las economías del Este Asiático. A nivel de relacionamiento a que me refiero, la proximidad tecnoeconómica es más importante que la proximidad geográfica. Además, no olvidemos, la integración vial que ha sido impulsada por las Cancillerías brasileña y chilena, y que ligará funcionalmente los puertos de Santos y Antofagasta, dará a nuestros dos países dimensiones simultáneamente atlántica y pacífica.

El desafío que el Pacífico Norte está levantando para las diplomacias de nuestros dos países es multifacético, y por esa razón extremadamente estimulante. Al buscar responder a él, cabe tener presente que no se está colocando la necesidad de realineamientos ideológicos o alianzas estratégicas. Problemas de ese tipo están, además en suspenso, en cuanto van siendo reelaboradas las reglas del juego internacional, en la fase climática en curso. Los períodos que se intercalan entre las estabildades hegemónicas son, notoriamente, momentos de libertad, durante los cuales países alertas tratan de ecuacionar su futuro utilizando las buenas y malas experiencias del pasado.

Hoy, en el mundo, hay tres espacios económicos en proceso de consolidación (Norteamérica, Europa unificada y Asia-Pacífico), visualizados en algunas presentaciones como megabloques comerciales, con vocación se encerraren tras barreras proteccionistas. A mí me parece incorrecta esa visualización. No es de manera alguna inevitable que los espacios en cuestión se orienten en un sentido exclusivista, lo que provocaría fatalmente guerras comerciales. En el Pacífico Norte, en todo caso, no existe ni está en formación ningún bloque de este tipo. Lo que hay es la creciente interpenetración dinámica de las economías del Este Asiático, en un proceso que tomó características más ricas y avanzadas en el "revuelo de los gansos", en respuesta a las alteraciones monetarias determinadas por la famosa reunión del "Grupo de los 5", en el hotel Plaza de Nueva York, en septiembre de 1985.

El Este Asiático ofrece la particularidad, relativamente a los dos otros grandes espacios en consolidación, de encontrar aún en el proceso de definición de los papeles que ejercerán futuramente, en su cuadro geográfico, a países, agencias multilaterales e instituciones internacionales. El liderazgo tecnológico de Japón no se apoya en predominancia política o militar, a su vez un nuevo polo de influencia -China- se fortalece en la región. Esa fluidez institucional en que se encuentra el Este Asiático, en conjunción con la marginalización en que ha sido puesta América del Sur en relación a los avances de la cooperación

intereconómica en el cuadro de los mencionados espacios en formación, parece aumentar nuestra capacidad de hacer opciones.

No hay porque no imaginar, por ejemplo, situaciones en que Brasil y Chile - actuando en entendimiento bilateral o a través del MERCOSUR- lleguen a usar su integración vial como elemento de troca diplomática junto al Este Asiático. En los aciertos geoeconómicos del siglo XXI, donde se desea que los factores económicos vengan a predominar sobre los militares en la canalización de los grandes problemas mundiales, los países de la costa asiática del Pacífico habrán de sentir una falta de una dimensión atlántica, frente a la bidimensionalidad oceánica de Norteamérica. Podríamos, quien sabe, ofrecer a los asiáticos la salida para el Atlántico a cambio de la efectivación de un flujo tecnológico.